

Cuerpo de niño

AÍDA SOTELLO CÉSPEDES

Es un prejuicio contemporáneo creer que la medicina detenta el discurso más autorizado sobre el cuerpo; paradójicamente, no hay disposición a considerarla como discurso, sino como ejercicio científico. Sin embargo, la práctica médica se inicia en la *relación clínica*, es decir, en el cuestionamiento que hace el paciente del estado de su cuerpo, inscribiendo una demanda que dirige al médico. Pero existe una disimetría entre esa interrogación y la respuesta que la medicina moderna extrae del conocimiento de la máquina orgánica. La mirada médica se dirige a ubicar la lesión en un engranaje, tal como dicta la concepción anatómo-patológica de las enfermedades. Sin embargo, el llamado “ojo clínico” no es correlato de la mirada, sino de la superación de esa disimetría, esto es, de develar el equívoco que constituye esa relación médico-paciente. El buen clínico, más que ojo, posee una oreja que sabe escuchar, distinguir y separar el nivel de las afecciones orgánicas del nivel donde se ubica lo que el paciente dice.

Ahora bien, en el ámbito de la práctica pediátrica, quien cuestiona el cuerpo del niño es su cuidador: su madre, su profesor, su tutor, etc. Este elemento caracteriza las relaciones del niño con su cuerpo. Son los otros quienes hablan de él y se procuran como interlocutor al discurso más autorizado: el discurso médico. Hay que destacar el creciente interés que ese discurso manifiesta por el cuerpo, particularmente por el cuerpo de los niños y los jóvenes, y el poder atribuido a la medicina para hacer que el cuerpo de los mayores aparente ser un cuerpo de niño o un cuerpo joven. Esta pretensión constituye un discurso en la práctica médica cada vez más difundido, hasta erigirse en un ideal de la época. ¿Qué explica y qué implicaciones tiene este cuerpo de niño como ideal de la masa?

La masificación y el cuerpo como objeto de los discursos son tratados desde otras perspectivas, como cuando Hanna Arendt explica las diferencias entre un régimen autoritario y uno totalitario, términos que se confunden en el discurso corriente. Dice

ella que si bien en el régimen autoritario el tirano ejerce un poder que puede forzar y transgredir el derecho de los miembros de la población tiranizada, en el régimen totalitario el ejercicio del poder se basa en la masificación de los sujetos, más que en la brutalidad del sometimiento¹. Los sujetos son reducidos al estado de masa mediante el aislamiento y los métodos que los persuaden a entregarse a la búsqueda de sus satisfacciones corporales individuales. Dicho de otro modo, en el régimen totalitario los sujetos se hacen cómplices de una homogenización que anula la diferenciación y estimula el racismo a cambio de primas de satisfacción corporal.

Trataré de abordar la pregunta planteada mediante la articulación de lo que concierne a:

1. El cuerpo de niño como ideal moderno.
2. El discurso de la medicina actual como saber autorizado sobre el cuerpo.
3. El problema de la masificación por vía de la búsqueda de satisfacción.

LA MEDICINA BIOLÓGICA

Afán propio de la medicina era definir la enfermedad y encontrar unas bases firmes para la curación. El discurso moderno logró limitar a un espacio específico las causas de la enfermedad cuando desembocó en el concepto de “lesión anatómico-patológica”. Fue Bichat quien dio los primeros pasos en la vía del concepto, a partir de plantear la estructura tisular como base de la constitución orgánica².

Al encontrar esa respuesta, el nuevo paradigma médico se basó enteramente en los avances de la biología. Desde entonces, el organismo se considera “animado” como los autómatas y la disciplina se liberó del problema de definir la vida. Sin embargo, desde este discurso emparentado con el mecanicismo, el paradigma biológico dicta orientaciones sobre lo que hace bien o mal a la vida de los hombres y, tomado como producto científico, este dictamen implica una organización sin falla.

Pero cuando Bichat dice: “suprimid ciertos géneros de fiebres y afecciones nerviosas y casi todo entonces es del dominio de la anatomía patológica”, el “casi” de la proposición señala una falta del paradigma biológico: un cierto sector de entidades, fiebres y afecciones nerviosas, hacen objeción seria al modelo de enfermedad.

Contemporáneo de Bichat, Laënnec planteó dividir las enfermedades en dos clases:

1. Orgánicas: entidades con lesión evidente en uno o más órganos.
2. Nerviosas: entidades que no dejan alteración constante.

Cuidar del organismo del niño es una idea moderna surgida con los avances y el desarrollo de las ciencias médicas, la prevención, la higiene. La iniciativa se debe al cálculo capitalista que vio en el desarrollo infantil una inversión económica para garantizar rendimientos a futuro. Así, la escuela obligatoria, las campañas de salud infantil, la protección de los derechos de la infancia, etc., han tenido también una finalidad utilitaria correlativa al ideal social de productividad. Cosa distinta es que el niño tenga un cuerpo, idea surgida de la práctica clínica de Freud, que, como es sabido, inaugura el siglo XX con una nueva concepción de la infancia a partir de su afirmación sobre la existencia de una sexualidad infantil. Actualmente, las sociedades de mercado se disputan paquetes humanos mediante la oferta de servicios al cuerpo. Pero... ¿qué es tener un cuerpo?, ¿qué importancia tiene el cuerpo de niño para los discursos imperantes de la actualidad y cuál es su fascinante particularidad?

¹ Cfr., HANNA ARENDT, *¿Qué es la autoridad?: Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península, 1996.

² Cfr., BICHAT, *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, Paris, Delaunay, 1855.



Bayle por su parte insiste en una distinción entre lo orgánico y lo vital. Finalmente, Cruveilhier planteará cuatro categorías, así:

1. Lesiones orgánicas simples y mecánicas (p.e. fracturas).
2. Lesiones primitivamente orgánicas y secundariamente vitales (hemorragias).
3. Afecciones primitivamente vitales, duplicadas por lesiones orgánicas, ya sean profundas (flegmasia crónica), ya sean superficiales (flegmasia aguda).
4. Enfermedades vitales sin lesión (neurosis y fiebres)³.

El mismo Bichat deja abierto un interrogante sobre su proposición, una brecha vitalista: la nueva concepción biológica no puede develar el fenómeno de la vida como tal. No existe una concepción científica de la vida, sino de los procesos orgánicos. El fundamento del vitalismo es considerar la originalidad del fenómeno vital; dicho en términos lacanianos, su carácter real, en tanto incognoscible. Desde esa época se constata que existen enfermedades que imponen la negación de la etiología biológica, habiendo agotado todos los recursos de exploración fisico-química y anatomo-patológica, hasta encontrar un muro de imposibilidad. Las entidades nerviosas, hoy llamadas “enfermedades mentales” marcan un límite: la falta de lesión y otro orden del padecimiento que se plantea como vacío, puro cuestionamiento del cuerpo por parte del paciente. Sin duda, se ubican allí el *estrés*, la depresión, etc. Pero la medicina menosprecia los efectos del discurso en el cuerpo en ausencia de lesión aunque, paradójicamente, los protocolos de tratamiento médico incorporan hoy formulaciones por razones de *mercado* también en ausencia de lesiones que indiquen patología.

Freud, al estudiar la etiología de las neurosis, abre la brecha dejada por Bichat que escapa a la ciencia y ubica los padecimientos humanos en la relación clínica como efecto de otros determinantes, demostrables, no biológicos. En ello no está aún su originalidad, pues la medicina no había negado la incidencia de factores sociales, culturales, físicos, que constituyen la enfermedad en un tiempo y lugar dados. La originalidad del descubrimiento freudiano radica en el *lugar que le da a la economía del proceso* y en *ubicar el equívoco* entre el conocimiento del organismo y el padecimiento del cuerpo dicho por el paciente, es decir, la distinción entre el sufrimiento de un sujeto y los avatares biológicos de su organismo. Eso es algo que la medicina no distingue pues excede su campo. Bichat lo percibe como enigma cuando dice: “La vida es el conjunto de fuerzas que se resisten a la muerte”.

Pero el equívoco continúa bajo la perspectiva cartesiana; para la ciencia la vida se reduce a ser una *fuerza autónoma de energía* que anima la máquina, la hace autómatas. La anatomía patológica abre una ruta hacia la demostración de un fraccionamiento de la muerte, la cual, desde entonces, puede ser parcial: muerte de un

³ Una más detallada descripción de estas clasificaciones y sus orígenes históricos puede encontrarse en el magnífico estudio de Michel Foucault *El nacimiento de la clínica*, Bogotá, Siglo XXI, 1989.

tejido, muerte de un órgano incluso, que no equivalen a la muerte del organismo en su totalidad. Este hallazgo hace asimilable el organismo animal a la máquina como ensamblaje de partes. Ya en tiempos de la Antigua Grecia, Aristóteles había dicho de los esclavos que eran máquinas animadas, justificando así la utilización de su fuerza de trabajo al servicio de los ciudadanos atenienses.

El mecanicismo moderno retoma y reafirma esa articulación entre el cuerpo máquina y las conveniencias de un tipo específico de economía. Es por ello que George Canguilhem⁴ dice que la teoría del animal-máquina de Descartes es completamente solidaria de las normas de la economía del capitalismo naciente, en tanto la negación del alma a los animales, por carecer éstos de pensamiento y de lenguaje, está dada desde el *cogito*: “Pienso, luego soy” implica que el sujeto piensa y dice, se dice pensar. Excluidos de esta categoría estarían los niños, en tanto *infans*, privados de palabra. Y sabemos las implicaciones que ello tiene en lo social, en tanto esta negación del alma no borra ni la sensibilidad, ni la vida de los animales, pero justifica su utilización como instrumento y absuelve al hombre de comerlos, matarlos y servirse de su cuerpo con fines económicos. La mecanización de la vida es inseparable del uso técnico de la fuerza animal.

De este modo, Descartes abre el camino al cumplimiento de la misión que él da a la medicina moderna⁵ de “hacernos dueños y poseedores de la naturaleza”, en tanto niega toda finalidad natural y por allí legitima la construcción de un modelo mecánico para el viviente como axiomático para la vida. Axioma que sostiene el paradigma médico.

La sustitución de mecanismo a organismo hace desaparecer la teleología de la vida. La máquina tiene más finalidad que el organismo pero, por eso mismo, una máquina no puede reemplazar a otra o dar origen a una de sus partes. La relación máquina-organismo desfallece al constatar que para la construcción de una máquina, para su conservación, su reparación o su regulación, se requiere del mecánico. Por su parte, el organismo posee una propiedad exclusiva de los seres vivos: la vicariancia de los órganos⁶, que permite que unos asuman las funciones que otros han perdido, como lo demuestra la curación espontánea de afasias en niños que han sufrido una lesión cerebral. Como dice Kant en la *Crítica del Juicio Teleológico*: “En la máquina, cada parte existe para la otra, pero no por la otra”. Unas áreas orgánicas asumen funciones para las cuales no estaban destinadas en forma originaria, demostrando así menos finalidad pero más potencialidades y una tolerancia hacia las monstruosidades.

A child's body

To care for a child's body is a modern idea that arose with the progress and development of medical science, prevention and hygiene. The initiative was due to capitalist calculation that saw in child development an economic investment that would guarantee future benefits. Thus compulsory education, campaigns for children's health, protection of children's rights, etc., have also had an utilitarian end correlative to the social ideal of productivity. Something quite different is that the child possesses a body, an idea that arose out of Freud's clinical practice, which, as is known, inaugurates the 20th century with a new conception of childhood based on his claims of the existence of sexuality in childhood. Nowadays, market societies compete for human packages through the offer of services for the body. But... what does it mean to have a body?, what importance does the child's body hold for the dominant discourses in the present and what is its fascinating peculiarity?

4 Cfr., GEORGE CANGUILHEM, *Essais sur quelques problèmes concernant l'normal et le pathologique*, Paris, Les Belles Lettres, 1950.

5 Cfr., RENÉ DESCARTES, *L'Homme* seguido de *la Description du corps humain*, en *Oeuvres de Descartes*, Edición de Adam y Tannery, t. XI, Paris, Cerf, 1909.

6 Cfr., GEORGE CANGUILHEM, *op. cit.*

LO NORMAL Y LO PATOLÓGICO O LA MARGINALIZACIÓN DE LA MEDICINA

La medicina moderna insiste en asimilar el organismo a la máquina y minimiza los efectos de fragmentación corporal que la técnica promueve, niega la propiedad del viviente en el cual una parte existe por otra. Un ejemplo es la medicación de edades y cambios fisiológicos *normales* tales como someter a hysterectomía a las mujeres climatéricas con el argumento de que el útero ya no sirve dada la terminación de la edad reproductiva. Una vez extirpado el útero, la mujer asegurará un consumo asiduo de suplencia hormonal y verá cada mes al ginecólogo. El resultado de esa operación es que todas las mujeres maduras se transforman en pacientes vitalicias convencidas de que se verán liberadas de los cambios propios de la edad madura. En suma, una promesa de juventud. Por otro lado, vale la pena interrogar el peso que tiene en la indicación terapéutica su solidaridad de intereses con la economía del consumo farmacéutico.



Pero más allá de esos intereses económicos, el oficio de médico puede encontrar una coherencia al desligarse de la confusión con la biología, pues su objeto no es idéntico al de esa ciencia, más bien su vocación es la de relacionarse con muchas de ellas. Los estudios de George Canguilhem demuestran cómo los dos puntales que acicatean el saber médico (la enfermedad y la normalidad) no tienen categoría científica sino categoría de *valor*. Más precisamente “valor vital” y no biológico, pues una misma condición biológica puede ser considerada patológica o normal según el momento histórico o las circunstancias de quien la porta. De no considerarlo así, el peligro de imaginarizar asecha tras la fragilidad de la función indeterminada del objeto de estudio, de estudio científico, del cual carece la medicina.

UN EQUIVOCO HISTÓRICO DE LOS MÉDICOS CON LA FUENTE DE VIDA

La reducción de la vida a una simple fuente de energía implica la tentativa de acumularla, con todas las desviaciones a las que esto puede conducir. El término “fuente de vida” es la traducción de la expresión alemana *Lebensborn*, con la que se denominó a las Maternidades, creadas por el Reichsführer SS Wilhelm Himmler, a partir de la Orden Negra, instituida en 1929, antes de que el partido nazi tomara el poder en Alemania.

Las *Lebensborn* nos dan un ejemplo valorativo de lo que constituye lo normal o lo patológico en un momento histórico y un lugar específicos. En el seno de estas instituciones, médicos altamente especializados en el conocimiento de las razas supervisaban lo que debía ser admitido, privilegiado y producido como el germano auténtico: “Rubio, fornido, dolicocefalo, de rostro estrecho, mentón bien dibujado, nariz delgada, muy alto, pelo claro, no rizado, ojos claros, hundidos, piel blanca y sonrosada”⁷.

⁷ MARC HILLEL, *En nombre de la raza*, Madrid, Noguera, 1975, págs. 20-30.

Lo que en 1871 iniciara Rudolf Virchow como un estudio estadístico sobre el color de los ojos y el cabello hecho en más de 10'000.000 de niños para determinar el origen nórdico de los alemanes, desembocó en 1931 en el Cuadro Oficial de los valores raciales; el Código de Matrimonio de 1932, que disponía los criterios de selección para obtener los permisos para casarse y tener hijos; hasta llegar en 1935 a las Leyes de Nüremberg, establecidas para proteger la sangre germana, según la cual se prohibía casarse con judíos y se privaba a éstos de sus derechos cívicos, mientras se esperaba la llamada “solución final” dada en los campos de concentración.

Este ejemplo, igual que el más cercano del robo de niños durante la dictadura de los años setenta en Argentina, me permiten ligar, de un lado, la evidencia de la concepción mecánica del cuerpo y su consecuencia económica en lo social y, de otro lado, la función del cuerpo de los niños como elemento clave en una forma particular de producción, de “crianza humana” (tomada a cargo por médicos y quien fuese en los inicios de su vida, un criador de pollos: Wilhem Himmler).

LAS NORMAS DE LO VIVO NO SON AÚN EL CUERPO

Aceptar la originalidad de la vida permite hacer una distinción entre cuerpo y organismo e insistir en el abismo que separa al organismo vivo de la máquina. Así, los valores normal o patológico cambian con la historia, son imaginarios, como George Canguilhem nos lo detalla más allá de la mera estadística que define a lo normal como lo más frecuente. Él sitúa que en el campo de los seres vivos lo normal se define como *la posibilidad de ser normativo*, es decir, la posibilidad de no seguir una norma sino de *darse la norma* a sí mismo en las condiciones específicas de existencia. Lo patológico, por otro lado, estaría definido por la pérdida de esa capacidad normativa.

La observación de las variaciones históricas que ha tenido la medicina frente a esos valores resbaladizos de la salud y la enfermedad permiten cuestionar la diferencia tajante entre dos polos que en últimas podrían nombrarse como “el bien” y “el mal”. No en vano la magia y la religión han sido los orígenes de este oficio milenario, al que la diferenciación de ellas costó no pocos esfuerzos y errores. Ahora, en sus relaciones con la ciencia, no hay más que una alianza en la que la medicina ha permitido gustosa ser parasitada por el objeto de las ciencias biológica, informática, física, química, etc., ahorrándose reparar en la orfandad de su objeto. Alianza que

Corps d'enfant

S'occuper de l'organisme de l'enfant est une intention moderne issue des progrès et du développement des sciences médicales, de la prévention et de l'hygiène. Le calcul capitaliste a eu l'initiative de concevoir le développement de l'enfant comme un investissement économique que garantirait des bénéfices à future. C'est comme ça que l'école obligatoire, les campagnes pour la santé des enfants, la protection des droits de l'enfant, etcetera, ont eu aussi une finalité utilitaire concordante avec l'idéal social de production. Que l'enfant ait un corps est autre chose bien distincte, issue de la clinique de Freud qui, on le sait bien, inaugure le XX^{ème} siècle d'une nouvelle conception de l'enfance à partir de son postulat sur l'existence d'une sexualité infantile. Aujourd'hui, les sociétés marchandes se disputent des paquets humains procédant à l'offre de services pour le corps. Mais... qu'est-ce que c'est que d'avoir un corps?, en quoi consiste l'importance accordée par les discours régnants actuellement et quelle est sa fascinante particularité?

se basa también en una economía: la de transformar *sociedades* en “poblaciones” con buen o mal desarrollo orgánico. Verdadera organización “moral” de los colectivos, con la que la medicina rinde un servicio al poder del discurso científico y a la manipulación masiva que conviene al discurso capitalista.

Por su parte, Freud cuestiona la moral social y le atribuye una participación en la constitución de síntomas de los sujetos, particularmente cuando niega la sexualidad, función ligada al cuerpo. Freud da al niño un estatuto de sujeto completo y le atribuye un goce sexual⁸, dicho de otra forma, es así como el niño moderno adquiere el reconocimiento de un cuerpo capaz de gozar, a pesar de que la moral social de su tiempo lo considerara piedra de escándalo. Pero, ¿qué razones habría para negar el cuerpo al niño?

Ese trabajo hace posible hablar de lo que puede ser un “cuerpo de niño”. La partícula “de” es aquí un posesivo y señala la relación de atribución que hay entre un sujeto y su cuerpo, en la cual se evidencia que el sujeto, como tal, puede prescindir de él. Si el sujeto no es un cuerpo, más bien tiene uno, o al menos existe la posibilidad para cada sujeto de acceder a su cuerpo en algún momento. Por otro lado, con el nacimiento biológico lo que se adquiere es sólo un

organismo, o lo que Agamben llama la “nuda vida”, cuerpo del viviente, al que los griegos denominaban *zoe*. Mientras que existe para los hombres otra forma de vida: *bios* que se juega en las relaciones de la ciudad⁹.

En el ejemplo de las *Lebensborn* se nos muestra que manipular la “nuda vida” implica ya una transgresión, en tanto que los seres vivos pueden darse la norma a sí mismos, y en tanto que la vida no tiene una finalidad como tal, mientras que la máquina es aquello que tiene una finalidad determinada por su constructor. Darle una finalidad a los organismos, animales o humanos, como se colige de los postulados del discurso científico moderno, es cumplir el imperativo cartesiano de hacernos dueños y poseedores de la naturaleza, erigirnos en creadores de lo vivo y robarle su posibilidad de darse a sí mismo la norma, para cambiarla por un ideal impuesto.

LA VIDA NO TIENE FINALIDAD, SINO POTENCIALIDADES Y JUEGA LAS MONSTRUOSIDADES

En su libro sobre el conocimiento de la vida, Canguilhem nos dice que “la existencia de los monstruos cuestiona el poder de la vida para mostrarnos el orden”, y agrega más adelante: “Es sólo en tanto hombres que somos vivientes para los que un fallo morfológico es un monstruo a nuestros ojos, [...] el monstruo sería solamente otro que él mismo, otro orden que el orden más probable. Es preciso reservar a los solos seres orgánicos, la calificación de monstruos. No hay monstruo mineral. No hay monstruo mecánico”¹⁰.

Sólo lo que comporta una ley interna puede advenir a la monstruosidad, como efecto del monstruo, del viviente, porque él es capaz de alteridad. De hecho, las interpretaciones que se hacen de lo monstruoso tocan siempre a la hibridación, al desorden provocado por la mezcla con lo desemejante, imaginariamente caótico. “El complemento necesario de un monstruo es el cerebro de un niño” dice Paul Valéry, en una época en que el poder de la razón naturaliza los monstruos, de la misma manera que había hecho con la locura. El siglo XVIII encierra al loco en el asilo, al niño en la escuela o el hospicio y al monstruo en el laboratorio del embriólogo, de forma que la alteridad es puesta en orden mediante las iniciales operaciones de clasificación, encierro y empaquetamiento de los sujetos. Operaciones que son cada vez más notorias en nuestro tiempo, puesto que hoy los paquetes humanos son transferidos, negociados, confinados a un espacio, etc. Es la forma de exclusión que opera el discurso de la ciencia que cree poder curar las monstruosidades. Veamos cómo surge este racismo generado por la ciencia y cómo encierra la paradoja de pretender eliminar algo que le concierne, tal como lo anuncia uno de los grabados de Goya: *El sueño de la razón produce monstruos*.

⁸ Cfr., SIGMUND FREUD, *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Obras completas*, t. 7, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

⁹ Cfr., GIORGIO AGAMBEN, *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, 1998.

¹⁰ GEORGE CANGUILHEM, *El conocimiento de la vida*, Barcelona, Anagrama, 1976, págs. 201 y siguientes.

El niño está en un proceso constituyente, tal vez por esto pueda localizarse mejor esa relación con la profilaxis y lo monstruoso que le dan un lugar especial en el discurso sobre su cuerpo.

En su análisis sobre la constitución del Yo, Freud establece que bajo el principio del placer se diferencian dos instancias: una placiente, que el sujeto infantil admite como propia y que asimila como su Yo, y otra displaciente, a la cual considera extraña y que expulsa de sí, como un No-yo, lo otro, independientemente de que el malestar provenga de sí, de su propio cuerpo¹¹. La experiencia comprueba cómo esta parte segregada de sí, este punto de odio, es fundamento de todas las segregaciones ulteriores y constituye el espacio de la represión en el neurótico. La clínica freudiana observa que esto, lo rechazado del campo simbólico, retorna y produce sufrimiento en el sujeto. Esta estructuración constituye desde el inicio un sector de exclusión en su interior mismo: un punto de rechazo, punto que el yo repudia como extranjero a pesar de que le pertenece. Desde esta parte de la estructura se establecen relaciones de exclusión con todo aquello que venga a evocar ese punto de rechazo fundamental: lo radicalmente Otro para el sujeto es paradójicamente lo más íntimo en él y pugna por ser reconocido en las manifestaciones sintomáticas.

El sufrimiento que el sujeto experimenta con sus síntomas no es otra cosa que el rechazo que hace de lo monstruoso que lo habita; sufre del racismo ejercido contra su propia hibridación y mestizaje, porque en razón de la constitución del yo el sujeto no puede ser sino mestizo.

Ahora bien, en lo social, el racismo es manifestación del punto de odio en mención, en tanto que lo segregado detenta el objeto a excluir. Pero en el discurso moderno surge otro elemento que proviene del *furor sanandi*: el deseo de erradicar y prevenir los defectos y las monstruosidades, la profilaxis. La historia de las infecciones cambia radicalmente a partir de la invención de las vacunas y una vez aparece esta posibilidad de prevención del mal, la lógica de la profilaxis inunda todo el campo de la salud, planteando como ideal el cubrimiento total de los sujetos, sometidos a procedimientos de evitación anticipada de la enfermedad.

La esperanza de transformación social en el moldeamiento precoz de los hombres pone al niño en el centro de los discursos modernos, como la higiene, la urbanidad, la salud, la educación. Excluir en la infancia lo indeseable es una profilaxis, en tanto los “niños son como cassettes vírgenes en los que pueden grabarse diferentes cosas”, como lo dijera la nieta de una de las abuelas de la Plaza de Mayo.

Una de las pretensiones de la educación moderna desde el *Emilio* es encontrar el equilibrio entre la libertad del niño y la coacción ejercida por el educador para

obtener niños dóciles en el trabajo, tal como lo requiere la lógica capitalista, en tanto el trabajador es el producto moderno de la represión consentida del deseo. La condición de ese equilibrio no es otra que el aspecto de libertad que adopte la coacción. Mientras, de otro lado, el educador ejerce la inspección y el control bajo una estructura de exclusión y vigilancia. El niño es aquí objeto de una mirada.

La política de la profilaxis pretende hacer un control apretado con colaboración del controlado: él tiene la tarea de hacerse controlar por su bien. Es el discurso de la pedagogía moderna al servicio de un ideal de cuerpo. La optimización del fenotipo y las funciones ha multiplicado las quejas, la mortificación. Se sufre hoy por la estatura, por el peso, por la apariencia de la piel o el tamaño de diversas partes del cuerpo. Contradiciendo el paradigma de la lesión que le dio origen, la medicina pretende que los fármacos y el adiestramiento solucionen el mal desempeño escolar, la glotonería, la inapetencia, el retraimiento social, la indisciplina, etc., campos donde la lesión no puede demostrarse.

La primacía de la apariencia plantea al cuerpo como mera imagen, ícono cuya perfección o adaptación a un modelo especular exige el sacrificio de la libra de carne que extirparía el

¹¹ Las referencias de Freud al tema pueden encontrarse en varios lugares, pero hay un ordenamiento del proceso en el artículo llamado *La Negación* de 1925.

trozo “no gozante”, en la ilusión de que el cuerpo moldeado por el bisturí estaría (ese sí) destinado *todo* al goce. Así, la segregación y el racismo son mecanismos de exclusión de lo que cuestiona el ideal. Los gordos, los bajitos, los morenos, las manchas en la piel, los fracasados en la escuela, son objeto de esa segregación y más exactamente de una auto-segregación motivada por la intención de satisfacer el ideal que plantea la homogenización para vender mejor esa nueva mercancía que es el cuerpo. Es la imaginarización del oficio médico, que en la lógica de mercado se ha convertido en una instancia de control de calidad de un producto y en instrumento de la segregación.

Esa actividad *transformer* niega el estatuto de “un hacer del sujeto con su cuerpo”, a pesar de que se obtenga de él una autorización escrita como la que se firma en los quirófanos. En esa idolatría particular de la época el cuerpo del sujeto no le pertenece, es fundamentalmente el cuerpo del Otro, del discurso circulante que implica un ideal.

EL NIÑO ESTA EN PROCESO DE ADQUIRIR UN CUERPO PROPIO

Si el niño es un sujeto completo, más que categorías etáreas, biológicas o jurídicas, lo que lo diferencia del adulto es su relación con el cuerpo.

Todo nacimiento implica un cuerpo viviente en blanco. Pero la simbólica del colectivo, su discurso, le será pronto transmitido mediante una marca que compromete y captura su cuerpo, ya sea en los ritos de iniciación de las comunidades tradicionales, con la palmada que el obstetra da al neonato para que respire, o el sondeo nasal con un aspirador. Esas experiencias del rito obstétrico, por ejemplo, hacen una unidad con la teoría que las motiva, es decir, con los imperativos de “hacer vivir” del colectivo occidental como correlato de su biopoder; desde allí, el organismo en blanco pasa a ser un cuerpo marcado perteneciente a una cultura y colectivo específico que lo acoge en calidad de miembro.

Vemos entonces cómo el lenguaje nos atribuye un cuerpo. El sujeto inicialmente no contado, en estadio de -1 frente al grupo, entra en la cuenta desde el momento de la marca que le imprime el rito. Pero si bien su cuerpo se positiviza y empieza a ser uno más para el colectivo, esta membrecía no garantiza más que la reproducción de ese discurso del Otro, la captura por el lenguaje, en la cual el cuerpo cuenta como miembro, como soldado, como fiel, como elemento perteneciente al colectivo. Dicho de otra manera: el cuerpo empieza siendo cuerpo del Otro, para el Otro y no es aún un cuerpo del sujeto.

Evidentemente, ese proceso de transmisión se libra en la infancia y es uno de los universales que caracterizan esa etapa. El niño es un sujeto en tanto capturado por el lenguaje, pero la decisión que pesa sobre el cuerpo, decisión sobre la significación de la pulsión, está en él aún por resolverse. Y se resolverá desde el momento en que a lo trans-

mitido por el colectivo el sujeto pueda descompletarlo, introducirle una discontinuidad, cuando pueda cuestionarlo. Es el momento en que el niño puede ahuecar la letra que le ha sido impuesta, hacerle una operación de vaciado e interrogar lo que quiere decir. ¿Qué quiere el Otro de mí? Es el momento de la pregunta que sanciona la aparición de un sujeto capaz de apropiarse de su cuerpo en tanto capaz de introducir cambios en la letra.

LA POSICIÓN INFANTIL

La esencia de la posición infantil es ignorar la muerte prefiriendo el juego, sin consentir aún un saber sobre su división y decidiendo en cambio dividir o atormentar al Otro, haciéndole soportar su falta de goce, su goce defectuoso, su vacío y haciéndolo responsable de ello.

J. LACAN

La posición infantil que pone en primer plano la relación del sujeto con su goce contradice la concepción del niño como ángel inocente. Lacan no habla de una edad infantil, sino de una posición infantil, que requiere un Otro a quien suponer el poder y la responsabilidad. Por tanto, la posición infantil no sería privativa de los menores y más bien buena parte de adultos la compartirían. El cuerpo de niño está empeñado aún.

El cuerpo del niño está empeñado en más de una acepción. Empeñado, primero, en tanto empecinado en no renunciar a un tipo de goce y, segundo, en tanto consiguado en la cuenta de los ideales del discurso del Otro. Eso hace comprender que un sujeto se ofrezca a ir a la guerra, prestarse como mula del narcotráfico, como sicario o aun como víctima, porque el sujeto goza al librarse al dolor sin responsabilidad.

Arriesgar la vida permanentemente supone ignorar la muerte, como testimonian algunos adolescentes ubicados en programas de reinserción cuando demandan ciertos privilegios y ponen condiciones de excepción social so pena de retomar de nuevo las armas. Su relación con el Otro social es de chantaje: dejan la responsabilidad de su propia muerte o de sus acciones al Otro. Esperan que sea ese Otro el que sufra y se esfuerce por colmarlos. Si mueren en combate, si su cuerpo sufre o infringe sufrimiento, es asunto del Otro, su cuerpo no les pertenece, sigue siendo del Otro. La lógica del kamikase testimonia una posición infantil frente al cuerpo, una identificación al objeto del goce del Otro. ¿No están en la misma línea la cirugía estética, las plastias, los estiramientos y la manipulación endocrinológica del organismo?

LA EXPOSICIÓN DEL NIÑO

Hanna Arendt en su artículo sobre *la crisis de la educación*, nos dice que lo vivo sólo crece en el abrigo y la sombra del espacio privado y que la tendencia de lanzar

tempranamente al niño al espacio público detiene su desarrollo. Si los niños se ven expuestos (en el sentido de la exposición que hacía el *pater familias* en el imperio romano) ello señala un problema en el espacio de la transmisión. Ningún niño puede crecer sin ser acogido por otro dispuesto a ejercer esa función donde el interés principal sea el de la vida por la vida, sin finalidades utilitarias. Pero hasta aquí sólo se conserva la nuda vida: el organismo.

La situación actual muestra la necesidad de transmitir algo indispensable para la otra vida: la convivencia. ¿Cuál puede ser el saber adulto sino que el goce es parcial siempre? Que el goce tiene límites, de suerte que lo que sería necesario transmitir es que “no-todo” es posible y no-todo posible debe ser. ¿Cómo transmitir al niño el deseo de ser grande, de devenir adulto? En suma, se trata de la necesidad de suplir los perdidos ritos de iniciación en los cuales se inscribía en el cuerpo una simbólica que dice la prohibición del incesto como condición *sine qua non* para ingresar a la sociedad de los seres parlantes. Límite que impone la presencia del padre en el goce que la madre extrae de la crianza y que el niño extrae de la fusión con el cuerpo materno.

Por el contrario, los discursos científico y capitalista promulgan que todo es posible. Su consecuencia es el borramiento del deseo de devenir adulto a cambio de la imagen del niño feliz. ¿Quién querría crecer y envejecer para quedarse en la soledad de la responsabilidad adulta? El porvenir se anuncia con la voz aterradora de los cambios

de la cultura

degenerativos descubiertos por la medicina, la vejez, el deterioro de la imagen, los preludios de un fin del que no se quiere saber. También anuncia la lucha sin ética por la supervivencia, el imperativo de las ganancias y la acumulación, lugar sólo para los ganadores, etc. No es extraño que por el peso de esos ideales algunos opten por el suicidio frente a la pregunta por el futuro: ¿Qué quiere el Otro de mí?

El tiempo de la infancia para ver y comprender está desaparecido a la vez que eternizado. Los niños en particular han sido destinados a la fascinación de la mirada teleprogramada que les confina al gigantesco panóptico donde, a la manera de J. Bentham, los cuerpos son implantados convenientemente en el espacio para perfeccionar un ejercicio del poder que los hace consumibles. El modelo del panóptico ha devenido vitrina comercial donde el niño ocupa el lugar de un objeto de consumo. Las visitas que hacen los niños con sus padres a los profesionales de la medicina no tienen carácter clínico, sino que buscan el instrumento para reconvenir el cuerpo a un modelo, a la apariencia acorde con el mercado. Y en ese tejido de discurso los niños participan de ese goce que pretende satisfacer el ideal de una imagen. Tal como decía Foucault

en *Vigilar y Castigar*: “La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra, que en último término protegía. La visibilidad es una trampa”¹².

Siendo el niño un sujeto completo, participa con los otros en el tejido de relaciones y en el discurso. Él toma un lugar en ese discurso y lo hace a partir de una elección, que es su elección de goce. Desde esta perspectiva, el niño no es mero objeto de las circunstancias, sino protagonista y constructor del estado de cosas. La homogenización que promueve el discurso borra la distancia entre el adulto y el niño. A una infantilización del adulto aparece correlativamente una “adultización” imaginaria del niño, provisto de información y recursos para ejercer violencia y poder. Desde esta perspectiva podríamos decir que sólo existen sujetos, pero mientras que algunos se hacen responsables de su goce en falta, otros aún no han asumido esa responsabilidad, ante la evidencia de que el otro no está completo y no lo está sin remedio, tanto como el sujeto mismo.

UNA CLÍNICA PARA CAMBIAR DE POSICIÓN

La clínica analítica propone escuchar la queja del goce defectuoso del cuerpo para transformar esa queja en reconocimiento del defecto, de la falta, como falta constitutiva del sujeto. Dicho de otra manera, la clínica analítica es un medio para que el sujeto cambie su posición infantil por una posición responsable sobre su goce singular y parcial, en falta, es decir, responsable de su síntoma.

Si la sexualidad está en la base de todo síntoma es porque ella implica una elección, es decir, un límite de goce que hace diferente al sujeto y lo remite a ese lugar de soledad. Pero esa soledad de la singularidad del goce puede rectificarse de manera que no insista en la destrucción de los precarios lazos sociales y la proliferación de sujetos aislados, incapaces de convivencia y de proyectos colectivos. La desenfrenada búsqueda libidinal es también efecto de preferir ignorar lo real de la sexualidad.

El discurso moderno se caracteriza por la herencia de Descartes, expresada en el *proyecto de una ciencia universal que eleve nuestra naturaleza a su más alto grado de perfección*. Ese ideal de perfección no puede más que ser contradicho por la convivencia y es eso lo que da empuje a la ética del soltero. Ahora bien, la familia es el último refugio que podría proteger el espacio vital privado indispensable para el crecimiento del niño; espacio para darle un sentido al síntoma en el encuentro con su goce singular.

El panóptico se apodera de la vida privada, los conflictos conyugales se hacen pornografía televisada, los trabajadores se convierten en nómadas que duermen

¹² MICHAEL FOUCAULT, *Vigilar y castigar*. Bogotá, Siglo XXI, 1984, pág. 204.

en aviones, en hoteles, porque en el espacio público sólo cuenta la producción, las transacciones comerciales, la imagen y el capital; el mundo del mercado rompe los lazos de solidaridad familiar.

Pero el niño encarna la respuesta de un real, el que sostiene la estructura de la familia a nivel de síntoma y no como mero lazo biológico. Sin embargo, el efecto del discurso moderno golpea al síntoma que liga a la familia. Como vimos, el niño está más en el discurso que en el imaginario de una madre. Es el discurso el que organiza su mundo. En torno a la ciencia y pretextando los derechos del niño existe un discurso de felicidad programada que excluye al sujeto y lo eterniza en la infancia. El niño se vuelve el correlato del objeto de consumo, se identifica con él y saca de ello la ventaja de zafarse de la responsabilidad de su goce, entrando en el mundo del goce uniforme, con un mismo objeto para todos.

CONSECUENCIAS DE LA UNIFORMIZACIÓN DEL GOCE

Sobre esa uniformización del goce, que causa el capitalismo, Marx situaba la operación económica fundamental así:

Precisamente en el hecho de elaborar el mundo objetivo es donde el hombre comienza pues a experimentarse en realidad como ser genérico. Esta producción es su vida genérica activa. Gracias a esta producción, la vida aparece como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es pues, la objetivación de la vida genérica del hombre: porque éste se duplica a sí mismo no sólo de una manera intelectual, cual es el caso de la consciencia, sino en forma activa, real, y se contempla por tanto, a sí mismo en el mundo que él ha creado. Por consiguiente, al arrancarle al hombre el objeto de su producción, el trabajo alienado le arranca a su vez su vida genérica, y transforma la ventaja que el hombre posee sobre el animal en la desventaja de que su cuerpo inorgánico –la naturaleza– le es robado¹³.

Lo que Marx nombra como “vida genérica del hombre” es equivalente a su vida como sujeto, determinado por la singularidad de su goce en torno a la elección de su objeto, al cual se identifica y que es parte *extima* –en términos lacanianos– de él. Marx nombra como “su cuerpo inorgánico” a esta relación de extimidad entre el sujeto y sus objetos; habla entonces de su ser de goce como algo singular que se pierde en el trabajo alienado. A ese cuerpo inorgánico, que liga el sujeto a los objetos, Lacan lo llamó precisamente “órgano inorgánico”, para decir que se trata de una extensión del cuerpo, al que Freud llamó libido.

Ese cuerpo inorgánico le es robado al obrero y al que consume para engañar su goce pues no dispone de medios para hacer lazo social. Pero hoy el trabajo es un



¹³ KARL MARX, *El trabajo alienado*, en *Manuscritos de 1844*, Bogotá, Génesis, pág. 111.

privilegio y las elaboraciones marxianas¹⁴ se quedan cortas. En esta nueva fase del capitalismo la producción está centrada en una profilaxis aplicada a los cuerpos y por ende a los niños.

El robo es la operación que en el terreno del mercado permite generar la plusvalía porque da a los objetos de la producción el valor de objeto perdido, de objeto a recuperar. El objeto perdido, el objeto fálico, tiene como característica ser nulo en su valor de uso, mientras que conserva un máximo valor de cambio. Marx demuestra que un objeto que tiene esas características es el dinero, y más precisamente el monto de plusvalía, en tanto dinero que cuantifica la parte de goce que el capitalista le roba al obrero de su vida, de su energía corporal.

El dinero no es el único que puede representar al objeto fálico: otros elementos tienen estatuto de objeto perdido. Freud nos muestra la sustitución inconsciente que se establece entre los objetos: dinero-heces-niño como explicación del origen cuando el niño ignora la sexualidad de sus padres. El niño puede simbolizar el objeto perdido.

Tanto la germanización en las *Lebensborn* como la experiencia de las abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina nos enseñan que en el robo de niños se juega algo aún más allá de la eliminación física de los disidentes del régimen. Además de ello, los niños sirvieron para llevar al extremo un proceso de exterminio de la diferencia, para borrar desde el origen la transmisión del deseo de sus padres a su propia descendencia, para llevar al extremo la ilusión de que estamos en el proceso productivo de una nueva raza humana que se manifiesta también en las aspiraciones de clonación de la ciencia que ha desdibujado a la medicina como tal. La ciencia atenta contra la sexualidad y los hijos de su deseo con el argumento de eliminar las monstruosidades. Pero, tal como dice Canguilhem, los monstruos en el campo de la vida sólo representan otro orden diferente al más probable, esto es, introducen lo nuevo, son el puntal del proceso evolutivo y su exclusión sólo logra sustituirlos por los monstruos que produce la razón. El terror contemporáneo no surge de las monstruosidades mutantes del viviente, sino de los engendros de un dios tecnológico.

El totalitarismo depende de los sujetos cómplices. Complicidad que se manifiesta en la participación del goce autista que prometen los objetos de consumo, en el aislamiento de los proyectos colectivos, en la irrestricta aceptación del discurso amalgamado entre capitalismo y ciencia donde el adulto conserva un cuerpo de niño. Así, esa lógica aparece en hechos como los ocurridos el pasado 11 de septiembre, cuando el kamikase niega su muerte mientras mata y culpa al Otro. Unos cuantos niños poderosos juegan a la guerra con el apoyo de la masa cómpli-

¹⁴ Prefiero llamar "marxianas" a las elaboraciones filosóficas y económicas de Marx, para separarlas del sistema ideológico "marxista".

ce que produce en silencio el capital necesario para el comercio de armas y la carne de cañón.

La infancia, como un tiempo para ver y tomar una posición de goce, debe tener una duración con límite. No son conocimientos o “progresos” lo que una generación debe transmitir para pacificar el narcisismo y hacer posible la convivencia, sino la certeza de que en algún punto una mujer y un hombre pueden aún aliarse para que su hijo sepa de la castración y acepte que la muerte existe. Nos concierne a todos, a uno por uno, ese límite, en tanto ese saber se adquiere cuando se separa al hijo del goce de su madre y se abre con ello la vía para que el sujeto pueda hacerse a un cuerpo propio 

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio, *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, 1998.
- ARENDT, Hanna, *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península, 1996.
- BICHAT, X, *Recherches physiologiques sur la Vie et la Mort*, 1800, Paris, A. Delahays, 1855.
- CANGUILHEM, George, *Essais sur quelques problèmes concernant le normal et le pathologique*, 1943, Paris, Les Belles Lettres, 1950.
- _____, *El conocimiento de la vida*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- DESCARTES, René, *L'Homme seguido de La Description du Corps Humain*, en *Oeuvres de Descartes*, Publicado por Ch. Adam y P. Tannery, t. XI, Paris, Cerf, 1909.
- FOUCAULT, Michel, *El nacimiento de la clínica*, Bogotá, Siglo XXI, 1989.
- _____, *Vigilar y Castigar*, Bogotá, Siglo XXI, 1984.
- FREUD Sigmund, *La Negación*, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 19, 1925.
- _____, *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Obras Completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 7, 1905.
- HILLEL, Marc, *En nombre de la raza*, Noguer, 1975.
- LACAN, Jacques, *Discours de clôture des journées sur les psychoses de l'enfant*, octubre de 1967.
- _____, *Deux notes sur l'enfant (1969)*, *Ornicar?* 37, Verano de 1986.
- LERICHE, R, *La Chirurgie de la douleur*, 1937, Paris, Masson, 1940.
- LERICHE, R, *¿Qu'est ce que la Maladie?*, en *Somme de Médecine contemporaine*, Niza, Editions de la Diane Francaise, 1951.
- MARX, Karl, *El trabajo alienado*, en *Manuscritos de 1844*, Bogotá, Génesis, 1971.

